

El impulso participativo que mueve *El Mesías* podría conducirnos al tenue calor ambiental, a la mirada un poco niña que define las emociones navideñas, pero no menos a incorporar nuestra voz a los Coros de *Aleluya* o *Amén* para tornarlo, efectivamente, canto de todos, liturgia multitudinaria y popular. No llegan a hacerlo los británicos pero si no entonan las elevadas estrofas, al menos se ponen en pie mientras el *Aleluya* derrama su alegría sobre nosotros, en el templo o en la sala de conciertos. Hay un instante, el de la «pastoral» o «pifa» instrumental, capaz de romper con lo hímnico y exultante, para convocarnos en torno al Misterio: esculturillas policromadas de barro cocido en las que son maestros los artesanos del Mediterráneo, desde Cataluña y Valencia hasta Sicilia y Nápoles. Entonces, sentimos *El Mesías* en nuestra intimidad a modo de largo villancico y nos asalta el deseo de exclamar con Beethoven —la mano puesta sobre la «opera omnia» de Haendel—: «Esto es la verdad».

ENRIQUE FRANCO